

NUMERO SUELTO

5
CENTIMOS

EL NOTICIERO

NUMERO ATRASADO

5
CENTIMOS

SEMANARIO INDEPENDIENTE Y DE INTERESES GENERALES

Suscripcion: UNA pta. trimestre en Alcoy 1.25 fuera Redaccion y Administracion, San Nicolás 54. Anuncios y esquelas, á precios convencionales

Exposicion de Barcelona

Adelantan con tal rapidez las obras de la Exposicion Universal, que de dia en dia se presentan á la consideracion de los visitantes nuevas é indiscutibles muestras de la actividad é inteligencia de los catalanes.

En la hermosa nave central del Palacio de la Industria quedaron colocados todos los cuchillos que han de sostener la amplia techumbre del salon, pudiendo asegurarse que dentro de brevisimo espacio quedará terminada la cubierta.

De la misma suerte en dicho departamento está muy adelantada la obra del pavimento de madera.

La instalacion de la España Industrial constará en conjunto de cinco cuerpos, ocupando una superficie total de 125 metros cuadrados. La altura será de 8 metros. Su arquitectura es de gusto sencillísimo, elegante y original, de severidad en las líneas. Se mostrarán espléndidamente los riquísimos dibujos de la casa en grandiosos cortinajes de sorprendente efecto por su combinacion en las hermosas y nas estampadas en dibujos Persas y del Renacimiento, como tambien los Lebs con hermosos dibujos góticos.

El artículo que seguramente llamará mas la atencion, será el de los tapices estampados imitacion de los antiguos Gobelinos.

Un fabricante de medallas en Génova ha solicitado el correspondiente permiso para acuñar y vender en el recinto de la Exposicion una moneda de metal conmemorativa imitando oro.

Los productores de Búrgos ocuparán en el palacio de la Industria la extension de cuarenta y cinco metros cuadrados.

Dieciseis son las orquestas que han sido invitadas á tomar parte en las grandes fiestas musicales que se verificarán durante el gran certámen en el salon de fiestas de palacio de Bellas Artes, hallándose comprendidas entre estas dieciseis las víenasas de cuarenta profesoras, y sesenta profesores respectivamente.

Ninguna de las dieciseis ha contestado aun aceptando ni rechazando las proposiciones que se le hacian; de manera que cuanto se diga sobre este punto es prematuro é inseguro.

UN SUEÑO DE ORO

Soñé que, bañados por pálida luna
Que ennoche serena sobre el mar rihelaba
Tu esbelta cintura mi brazo abarcaba
Y oia tu mágico arrullo de amor;
Soñé, que dichosa, feliz cual ninguna,
Febri y anhelante mi mano oprimias,
Y néctar divino en mi pecho vertias
Envuelto dejándole en dulce sopor.

Soñé que un arcángel bajaba del cielo,
Del aire rasgando las azules zonas,
Llevando en sus manos dos bellas coronas
Que en nuestras cabezas vino á colocar
Que al angel seguimos dejando este suelo

Tan solo sembrado de espinas y abrojos
Y al pié del Eterno juramos de hinojos
Ay! antes morir, que dejarnos de amar.

G. FAUS GARCIA.

Los Amores de Guillermo I

El difunto emperador Guillermo, en sus mocedades, no era insensible á los encantos del bello sexo, y tuvo numerosas aventuras; pero aparte de estos caprichos pasajeros, de esos que ningún rastro dejan, tuvo una pasión profunda y constante; tanto, que duró toda su vida, por la bellísima princesa Radziwill, á quien conoció en la corte de su hermano; sintieron el uno por el otro afecto tiernísimo, y según cuentan, estaba el entonces príncipe decidido á casarse con ella; pero la princesa se sacrificó voluntariamente á la razón de Estado, renunciando á la boda. Además de la diferencia de casta, hubiera sido un obstáculo la religión de la princesa, que era católica.

En aquella época se concertó la boda de Guillermo con Maria Luisa Augusta de Sajonia, y la princesa Radziwill se encerró en un convento, donde murió de dolor.

En 10 de septiembre de 1820 celebrándose el natalicio de la que fue luego emperatriz Augusta, recibió su esposo, el príncipe Guillermo, una carta. La abre, la lee, y demudado y pálido, sale corriendo del palacio, no volviendo hasta la noche. La pobre abandonada, conociendo que se moría, llamaba á su antiguo amante, y éste no quiso negarle el consuelo de expirar entre sus brazos.

Cuentan que la esposa no perdonó jamás este desaire. Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que el retrato de la elegida de su corazón estuvo siempre sobre la mesa del despacho del emperador.

Local y regional.

Rogamos á los señores Municipales, hagan cuanto esté de su parte para impedir que la gente menuda convierta en trinquetes las calles de esta ciudad, en perjuicio de los transeúntes.

Ayer por la tarde recibió una fuerte contusion en un ojo un amigo nuestro que tranquilamente discurría por la calle de San Mauro, pues con gran velocidad vino á chocar en dicho sitio una pelota arrojada por uno de varios mozalbetes que estaban jugando en dicha calle.

Segun nos escriben de Bañeras, se están haciendo preparativos para que los festejos que anualmente celebra aquel vecindario en honor á San Jorge, no desmerezcan de los celebrados en años anteriores.

Escriben de Alcalá de Chisvert, dando cuenta de un robo sacrilego ocurrido el día 16, que ha conternado á todos los vecinos de aquella poblacion.

Por la mañana de dicho día se habia de trasladar el Santísimo Sacramento desde su camarín al trasagrario, y cuando ya estaban las luces encendidas y el eclesiástico revestido para recibir la sagrada custodia, se descubrió el Salvador y la cor-

gina, y con la mayor sorpresa notaron que habia desaparecido el viril con la Sagrada Hostia, y hechas las oportunas diligencias vieron habia sido robado, teniendo los ladrones el cuidado de quitar los tornillos con que estaba sugeto á su pedestal y llevarse la custodia con la sagrada Forma.

Inmediatamente acudió el juzgado para practicar el sumario, pero será difícil averiguar nada, pues no puede calcularse cuando se verificó este sacrilego robo. Como es consiguiente, la noticia se ha extendido por toda la poblacion, lo que ha causado gran sorpresa á todos sus vecinos, pues no es de suponer que el ladrón ó ladrones sean de aquel pueblo, que en lo general tiene sentimientos muy católicos.

Los ladrones, no obstante, se habrán llevado un solemne chasco, pues el viril, que habrán creído de oro y piedras preciosas, es de bronce dorado y piedras falsas.

Teatro Principal.

Las Campanas, ópera escogida y bastante numerosa, tuvo lugar el jueves último la representacion de esta zarzuela que aunque reúne condiciones muy buenas tanto en el libro como en la música, no es de las que alborotan.

Los artistas tuvieron que luchar con los malis mos recuerdos que el público conserva desde la última vez que se cantó dicha obra en nuestro teatro, y sin embargo supieron quedar airosos y hacerse aplaudir.

La Sra. Llorens, cantó y dijo su papel de la manera que sabe, conquistándose muchos aplausos, especialmente en los "couplets," del acto segundo, que tuvo que repetir.

De la Sra. Gomez, nada podemos decir que no sea una repeticion de lo dicho en revistas anteriores, pues su aplicacion nada vulgar unida á sus buenas facultades para los artes de Apolo y Talía, la hacen quedar airosa en cuantos papeles se le confian; una prueba de ello es la interpretacion que supo dar al papel de Celia, y el gusto con que cantó los números de su «particella» especialmente el "duo," del segundo acto con el Sr. Ogladi, y el "vals," del tercero, á cuya terminacion fué muy aplaudida.

El Sr. Ogladi, hizo un buen D. Lope; cantó con mucho gusto el vals del primer acto y sobre todo el duo del segundo con la Sra. Gomez, en cuyo número se vió en él al bravo militar al par que galante caballero.

El Sr. Vives supo caracterizar el verdadero tipo del avaro Gaspar, demostrándonos con ello que es un buen artista y sobre todo "que tiene voz." Quien dude de ello que recuerde la manera como cantó su número del acto segundo, escrito de manera que recorre toda la estension de los bajos, y sobre todo la valentía con que atacó la frase "¿Quién va?, aguda en extremo para los cantantes de esta cuerda, pues se tiene que dar y sostener el

"mí," natural. El Sr. Vives la dió, la sostuvo, y sobre todo, no la desgarró, cosa muy común entre los bajos al dar tales notas. En la locura final estuvo muy bien, resultando tanto por los detalles, como por el gesto y la mímica, digna de un actor de fuerza. Fué muy aplaudido y llamado á escena al terminar el acto.

El Sr. Esteve, como siempre. Hizo un alcalde de primera, detallando y haciendo resaltar los chistes de que está lleno dicho papel.

La Srta. Brú (J) y el Sr. Angeles, completaron el éxito que obtuvo la obra.

Los coros y la orquesta bien.

El sábado tuvo lugar el beneficio del señor cómico Sr. Esteve. El programa se componia del primer acto de "Los lobos marinos," la zarzuela en un acto "¿Quién fuera libre!," y el sainete "Pepa la frescachona ó el colegial desenvuelto."

Desde el primer momento, nos pareció poco acertada la eleccion de obras, puesto que no eran de lucimiento para el beneficiado. Además que se ve una representación por mitad, como sucedió al poner en escena solo el primer acto de «Los lobos marinos» y esto dió márgen á que muchos señores abonados, solicitaran de la Empresa que se representara el segundo acto de dicha obra, en vez de la zarzuelita "¿Quién fuera libre!," Otra parte del público solicitó que se diera cumplimiento á lo anuciado, y al fin la Empresa se decidió por lo segundo. En nuestro concepto, y aunque nos hubieramos alegrado mucho de que se hubiera llevado á efecto la sustitucion pedida por los señores Abonados, hizo bien la Empresa en obrar así, puesto que cumplia con su deber.

Nada diremos de los dos primeros números del programa, pues harto nos hemos ocupado de ellos. En cuánto á "Pepa la frescachona ó el colegial desenvuelto," podemos decir que no dejó satisfecho al público. Al conjunto, le faltó esa animacion y colorido que solo se consiguen con el estudio y los ensayos; y si descendemos al terreno de los detalles, veremos poco acierto en el reparto de los papeles de los hombres, excepcion hecha de los del Moisés, el brigadier Torrente y Mariano de que estaban encargados los señores, Esteve, Ogladi y Pellicer.

Los papeles de las señoras estuvieron bien repartidos y por lo tanto bien interpretados, salvo el de D.^a Bruna que no hubo por donde cogerle. Distinguieronse, sin embargo, las Sras. Bustamante, Llorens y Gomez, encargadas de los papeles de Pepa, Casta y Pura, respectivamente.

El Sr. Esteve, fué objeto durante toda la noche de vivas muestras de simpatía por parte del numeroso público que asistió al teatro, habiendo recibido varios regalos de la sociedad "El Panerót," á la que habia dedicado el beneficio.

El domingo se puso en escena nuevamente la zarzuela "Los lobos marinos," y

República

el sainete "Pepa la frescachona..." La función fué a beneficio del cuerpo de coros.

El lunes tuvo lugar la 10.^a función de abono con la representación de las zarzuelas «Cádiz» y «Como está la Sociedad!».

Se nos olvidaba.

Al salir del teatro el sábado por la noche oímos el siguiente diálogo:

—Y Diga V. D. Fulano: ¿qué demuestra el periodista que retado por otro a defender su opinión en el terreno debido contesta con simplezas, y se vá por la tangente, poniéndose de éste modo en vergonzosa fuga?

—Demuestra que está conforme con la opinión de su contrincante y que ignora hasta los rudimentos de la materia objeto de la discusión. Y no es esto solo: sino que al escurrir el bulto, confiesa, tónica pero espresivamente su error, al que le ha conducido el «despecho» ó tal vez la «envidia», y canta la «palinodia», después de haber tocado el violon á toda orquesta.

—¿Y qué merecen estos... infelices?

—Que se les desprecie y que á sus ataques se les conteste con las palabras del Crucificado: «Padre, perdónalos, pues no saben lo que hacen...» no sin haberles concedido antes el derecho al pataleo.

KOLTKI

(EPISODIO DE UN VIAJE POR LAS ORILLAS DEL DNEIPER)

(Conclusion)

IX.

—¿Dónde estoy?—grité, abriendo los ojos.

Nadie respondió á mi grito.

Estaba solo en la cocina. Pero al dirigir mi vista al aposento inmediato vi á un hombre con un pié hundido en las blandas pieles, el codo apoyado en la sonrosada rodilla, la cabeza reclinada en la mano, el otro pié blanquísimo colgando sobre el suelo, los cabellos sueltos en largas madejas y salpicadas de flores azules, la boca sonriente y encendida, los ojos brillantes y una gualda de azucenas ceñida á su delgada cintura.

—¡Imposible!—pensé—Esto es un sueño un sueño horrible.

Pasé mis manos por los párpados, quise ponerme de pié, me apoyé en los brazos del sillón y me incorporé, pero temblaron mis piernas, se doblaron mis rodillas y volví á caer sobre el asiento.

Y Jeny continuaba allí, inmóvil, tentadora, enviándome desde su lecho su perfume celeste, mezclado con el perfume de las azucenas.

Aturdido, abrasado por la fiebre, hice un segundo esfuerzo y conseguí levantarme. Di el primer paso, tambaleando sobre las piernas; di el segundo; me dejé caer sobre la pared como un borracho, y apoyándome en el muro con ambas manos, avancé hasta la puerta del aposento de Jeny.

Las piedras del muro me parecían planchas de hierro enrojecido que me quemaban la carne.

Llegué á la puerta, me agarré al marco con los crispados dedos, avancé un paso en el interior de la alcoba, extendí los brazos y caí de espaldas, como herido por el rayo.

X.

Me encontré tendido en aquel mismo lecho, sobre el cual creí ver la imagen voluptuosa de Simzerla, encarnada en la provocadora Jeny.

Había junto á la cama una mesa de roble, y encima de la mesa, una pequeña lámpara encendida.

Me arrojé del lecho, cojí la lámpara y salí á la cocina.

Allí reinaba completa oscuridad. El ho-

gar estaba apagado y frío. Sobre la mesa se veían los restos de una cena de que yo no había participado seguramente. Colgada en uno de los brazos del sillón que yo ocupé, estaba mi gorra de pieles, y mi carabina apoyada en el ángulo del muro en que la había dejado algunas horas antes.

Volví al dormitorio, sobre un aconé encontré mi abrigo, cuidadosamente doblado, y mi cinto con mis pistolas, pendiente de una escarpia clavada en la pared.

Me ceñí el cinto, me puse el abrigo, tomé mi carabina y me resolví á salir. Necesitaba respirar el aire libre.

Afortunadamente, la puerta de la calle no tenía mas cerradura que un cerrojo de hierro, que rechinó en sus goznes cuando yo lo descorrí.

Comencé á errar á la ventura por las oscuras calles de Pergouhsik, y no tardé, apesar de la oscuridad, en encontrar la escalera de salida abierta en la roca.

Descendí por ella lentamente y me dirigí al Sur, es decir, en dirección opuesta á la margen derecha del Dnieper.

Por aquel lado, hay doce ó catorce miserables cabañas, en las cuales se albergan unas cuantas vacas y caballos del país que no pudiendo subir á la aldea, viven en aquellos establos.

En el interior de una de aquellas chozas, había luz.

Fatigado y débil, me senté entre dos rocas, á la vista de las cabañas.

Empezaba el amanecer. Era un amanecer lento y oscuro, una tibia luz blanquecina que se iba difundiendo de Oriente á Occidente, pero sin aumentar en intensidad.

El suelo estaba completamente blanco. Cubríalo una espesa capa de nieve, helada bajo aquella glacial temperatura.

Desde el punto que yo ocupaba entre las dos grandes piedras que me alrigaban que soplaban del lado del Noroeste, distinguí no solo las cabañas, sino la escalera de la roca de Pergouhsik.

Dirigí una mirada á la aldea. Aquel promontorio coronado de casúchos agrupados y sombríos, tenía el aspecto de un enorme sepultura de mármol negro, sobre cuyos irregulares relieves, extendía el invierno su blanca mortaja.

Allí estaba Jeny, Sholbief, Koltki y mis dos guías. También yo había estado allí.

En aquel momento me pregunté si aquellos seres eran reales, si era realidad lo que había visto; si Jeny existía y si existía yo.

Sin la honda preocupación que me producían las dudas que surgían en el fondo de mi conciencia y subían al pensamiento como las yedras trepadoras por las asperezas del muro, me hubiese dormido para no despertar jamás, porque el sueño á la intemperie en aquellas latitudes, es la muerte.

XI.

A la blanquecina y difusa luz del alba, ví descender por la escalera de Pergouhsik, un hombre envuelto en un largo capote.

Cuando aquel hombre acabó de bajar los doscientos veinte escalones de la roca, apareció en lo alto de la escalera un hombre que me pareció Sholbief.

El hombre que había descendido por la escalera hasta el llano, tomó la misma dirección que yo había emprendido, y andando rápidamente, entró en la cabaña en que percibí una luz. El interior de la choza continuaba alumbrado.

La otra sombra permaneció inmóvil sobre la roca.

Pero cuando el hombre del capote entraba en la cabaña, un perro enorme, dando saltos irregulares y gigantescos, bajó por la escalera con la rapidez de un peñasco desprendido de la altura.

Reconocí á Koltki. Y ya no pude dudar que el hombre de la roca, que aquel negro fantasma, cuya silueta se dibujaba bajo el

cielo blanqueado por el alba era Sholbief.

Koltki, en cuanto llegó al llano, se agazapó en un hueco de una piedra y clavó sus ojos brillantes en la cabaña alumbrada.

Desde aquel instante no dejé de observar alternativamente á Koltki y á Sholbief y de mirar á la puerta de la choza.

No me atreví á intentar el mas pequeño movimiento, por no atraer la atención de Koltki, del que escasamente me separaban treinta metros de distancia.

XII.

Para que los lectores comprendan las rápidas escenas del horrible drama que voy á referir sencillamente y con severa sujeción á la verdad, es preciso que se detengan un momento á examinar el lugar en que se realizaron.

Por algunas otras páginas escritas en el libro de mi memoria, ha pasado ya la esponja del tiempo, que suele complacerse en borrar los recuerdos placenteros y dejar intactos los dolorosos. Pero la que se refiere á ese drama sangriento, en que fui forzado espectador y actor forzado, reciente está como la hora en que se grabó en mi mente con caracteres imborrables. No he olvidado ni el detalle más quequeno.

La roca en cuya cumbre tiene asiento la aldea de Pergouhsik, forma como un cono truncado. La base de este cono se desarrolla en una circunferencia irregular de cuatro kilómetros próximamente de periferia. Toda esa base está rodeada por las agitadas aguas del Dnieper, excepto en un espacio de medio kilómetro escaso, á la parte del Sur, que se ensancha conforme se prolonga y se aleja de las corrientes. Casi en el punto céntrico de ese espacio, comienza la escalera por donde se sube á Pergouhsik, y frente á ella parte el accidentado camino que yo había andado desde Iekaterinoslaf. A la izquierda de esa senda que proyecta una gran curva, que pasa por en medio del grupo de chozas que he mencionado anteriormente y que es el camino de que me habló Sholbief.

Bajo la roca de Pergouhsik, por la parte del Este, hay un gran remolino. Después, la corriente rápida, espumosa y rugiente, sigue la curva de la roca, se precipita en otro inmenso remolino, cuyas aguas, elevadas á mas altura que el enhiesto peñasco, producen al desmenuzarse en el viento, una lluvia intermitente y menuda sobre Pergouhsik. Y por último, al Oeste, todas aquellas corrientes agitadas y tumultuosas se vierten en ruidosa catarata sobre el abismo y caen en su seno bramando, como las tempestades de Sioc.

A doscientos metros más allá de la caída, se forma un estenso lago, cuyas ondas de color de plomo, huyen del tumulto de la vertiente, proyectando parábolas enormes, como anhelosas de paz y de silencio y se pierden en los lejanos confines de la llanuras.

La roca de Pergouhsik se conmueve algunas veces al choque de aquellos oleajes, produciéndose verdaderos temblores como el que yo había notado. Y los habitantes de las aldeas viven y duermen entre el ruido perpétuo que sube de aquellas corrientes, de aquellos remolinos, de aquella catarata, de aquel inmenso hervidero de las aguas.

XIII.

El hombre del capote apareció en la puerta de la misma cabaña en que había entrado. Detrás de él salió un campesino, y detrás del campesino un caballo.

El primer personaje debía ser el huésped que Sholbief esperaba con impaciencia, y que por lo visto, habíase detenido pocas horas en Pergouhsik. El segundo personaje debía ser un guía. Y todas las apariencias anunciaban que el caballero iba á partir hacia Iekaterinoslaf por el camino mas accesible.

Pero ¿que hacían Sholbief de pié sobre la roca y Koltki agazapado en su agujero?

El que yo creía huésped de Sholbief, montó en el caballo que el campesino tenía de las riendas y emprendió la marcha por la senda de Iekaterinoslaf, al paso de la cabalgadura.

El campesino volvió á internarse en la cabaña.

En aquel momento, Koltki se precipitó tras el jinete y Sholbief desapareció de la roca.

El perro alcanzó al caballo é inmediatamente se lanzó sobre él poniendo sus manos enormes sobre el cuello del bruto, que se encabritó espantado. En vano se esforzaba el caballero para dominarlo, porque, sin duda, Koltki le infundía terror. El jinete disparó un arma, sobre el perro. Yo me hallaba á cien pasos de distancia y oí la detonación perfectamente.

Erró el tiro, lo cual me sorprendió porque Koltki estaba tan próximo al hombre que no parecía posible disparar sobre él sin herirle. Cref, por consiguiente que el caballero no quería matar al perro y si asustarle. En todo caso, aquel animal no era de los que se intimidan fácilmente. Volvió á lanzarse sobre el caballo. Entónces ví al viajero apuntar á Koltki con una pistola; oí una segunda detonación, y el perro, en vez de caer en tierra como yo esperaba, dió un gran salto sobre la cabeza del caballo, que volvió la grupa y emprendió una carrera frenética en dirección opuesta á la senda.

Ya no era posible la duda para mí. El hombre y el caballo iban á correr la misma suerte que los perros de mi guía. Era evidente que se habían extraído los proyectiles de las armas del huésped de Sholbief y probablemente los míos se encontraban en el mismo estado. Después de examinarlas en aquel momento. Salí de mi escondite y corrí al encuentro de aquel caballo desbocado y seguido por el terrible Koltki, que indudablemente se precipitaría en la catarata si el jinete no conseguía contenerle antes de llegar al borde del abismo.

Siguiendo la línea recta y no perdiendo un solo instante, podía, según mi cálculo, aproximarse lo bastante para enviar á Koltki una bala, con probabilidad de herirle. Y sin pararme ni dejar de correr entre los peñascos, registré mis armas. Se habían extraído los proyectiles; pero los sustituí por otros, después de asegurarme de que las cápsulas estaban intactas.

Por gran desgracia, me equivoqué en mis cálculos, respecto á las distancias, cuando supuse que podía llegar á tiempo de salvar al caballero. Caballo, jinete y perro se ocultaron repentinamente á mi vista, y cuando yo daba vuelta á la roca de Pergouhsik y empezaba á ver los plateados borbotones de la catarata, como grandes madejas de innumerables serpientes que se retorcian en el aire y saltaban revueltas sobre la profundidad, ví llegar al caballo al borde de las aguas y caer confundido con ellas, en el fondo insondable del abismo.

El caballero había intentado desmontarse del bruto y lo había conseguido, pero muy tarde. Se balanceó en el espacio, cayó, se agarró á una roca, permaneció durante algunos segundos columpiándose sobre la catarata y al cabo se desprendió volteando por el aire.

Koltki no se paró á contemplar aquella caída. Descendió por las rocas, se sumergió en el agua, desapareció, y al poco tiempo volvió á flotar su monstruosa cabeza negra sobre la superficie de las olas, llevando en la mano una maleta.

Me había colocado en una posición perfectamente segura y ventajosa, y esperaba la total aparición del perro, para apuntarle y disparar sobre él.

¡Oh! Había llegado allí demasiado tarde

para salvar al hombre, pero aquella fiera no se escaparía a mi furor y a mi justicia.

Preparé mi carabina y apunté. ¡Qué asombro! Jeny, aquella mujer divina, apareció sobre uno de los peñascos a que yo esperaba que subiera Koltki, para asegurar el tiro. En efecto, Koltki llegó allí en dos saltos, dejó la maleta a los pies de Jeny, se levantó sobre las patas, y la mujer y el perro se confundieron en un abrazo horrible.

Sobre la negra piel de Koltki brillaban las blancas manos de Jeny. ¡Y no lo dudé! ¡Ah! no puedo dudarlo, porque lo ví perfectamente y percibí el sonido.

Aquella boca sonriente, fresca, llena de perfume, se posó sobre la cabeza del monstruoso perro y dejó en ella un beso ruidoso, brutal, verdaderamente salvaje.

Después Jeny y Koltki, casi volando uno al lado del otro, treparon por las rocas ásperas y afiladas.

Yo tenía el cañón de la carabina enfilado a Koltki. Pero sentí una complacencia casi feroz en prolongar el placer de matar.

Nunca, hasta entonces me creí capaz de abrigar en el ánimo un odio tan profundo, una cólera tan terrible. Odiaba a Koltki y a Shobief y a Jeny, y deseaba su muerte. ¡Con cuánto placer hubiera pisoteado aquel momento el cuerpo hermosísimo de Jeny con mis botas llenas de lodo.

—¡Eal!—murmuré.—Sea pronto lo que de ser más tarde. Oprimí el gatillo de la carabina, salió el tiro, vi caer a Koltki, rodando de una roca a otra, y solté una carcajada, que resonó como un rugido de fiera en el hueco de la piedra en que estaba escondido.

Jeny miró a Koltki rodar por la roca, soltó otra carcajada y clavó sus ojos en el hueco en que yo estaba refugiado. Creo que volvió a pensar de la sombra que me proyectaba pero no consiguió verme, es seguro que adivinó mi presencia en aquel momento.

La risa de Jeny cuando yo esperaba que muriera de Koltki arrancase a su pecho unos gritos de dolor, me sorprendió profundamente. ¿Qué especie de mujer era ella que lanzaba carcajadas a la muerte de los seres que parecía amar?

Cuando meditaba sobre esto, vi a Shobief que se acercaba lentamente y Jeny pronunció algunas palabras con ella y luego terminó detenidamente la herida de Koltki. Jeny no se movió.

—Ahora,—pensé,—preguntaré a Shobief dónde ha salido el disparo; Jeny se lo dirá y querrá tomar venganza. Pero le resistiré dignamente.

En efecto, Shobief debió hacer la pregunta que yo adiviné, mas también con una extrañeza mía, Jeny, en lugar de señalar el sitio en que me encontraba, extendió el brazo hacia las cabañas y casi la hice reír.

—De allí. Poco después, pasaban por delante de mí y noté que Jeny volvió con disimulo la cabeza, miró al hueco del peñasco en cuyo permanencia y se sonrió. Ella se inclinó a la derecha, con dirección a la casa de Pergouhnik, y Shobief a la izquierda, con dirección a las cabañas.

Jeny llevaba la maleta cuyo peso debía estarla, porque de cuando en cuando hacía su marcha y dejaba en el suelo el objeto.

XIV

Asustado por la impresión que me producían los accidentes de la triste escena que he referido, y pensando con honda ansiedad en aquel viajero a quien no podía salvar de una muerte horrible, y con insaciable cólera contra Shobief, cobarde asesino que había pervertido la fidelidad de un perro en cumplimiento de sus robos y de sus crímenes me dirigí al borde de la catarata.

Hubo algún instante en que dudé del testimonio de mi propia conciencia, por que los hechos que he narrado eran por tal modo extraordinarios, que mas bien que dados en la realidad, parecían producidos por un estado anormal de mis sentidos. Y aunque este supuesto acusaba una perturbación funcional en mi organismo, que necesariamente debía ser engendrada por una causa patológica cualquiera, complacíame alimentando aquella duda, por cuanto que era para mí mas agradable considerarme enfermo, que confirmar la realidad de aquel horrendo drama.

Mucho tiempo estuve a la orilla de la catarata meditando sobre la posibilidad de haber padecido una alucinación, un delirio. Me pulsé, y creí que tenía fiebre, lo cual, lejos de alarmarme me produjo una alegría inmensa.

Era muy cerca del mediodía y andaba yo por los alrededores de la roca de Pergouhnik desde el amanecer. La luz del día, muy semejante a la de un crepúsculo en las regiones meridionales de Europa, no había aumentado, ni el frío había disminuido.

Aunque para llegar a la escalera de la roca, a la cual volvía resueltamente, no era necesario pasar por el sitio en que vi caer a Koltki, acepté con gusto un pequeño rodeo en cambio de obtener algún dato en confirmación de la verdad, cualquiera que esta fuese.

Registré con una minuciosidad extraordinaria el lugar en que debía encontrar a Koltki, si en realidad había muerto; pero ni muerto ni vivo estaba allí aquel animal, al que ya me arrepentía de haber calumniado vilmente. ¡Pobre Koltki! Tal vez era el más honrado de los perros y quizás, Shobief era el más honrado de los hombres.

Algunas piedras estaban manchadas y salpicadas de un color rojo-oscuro. No quise inclinarme para examinar aquellas manchas.

Yo había soñado, había delirado, había sucumbido al poder de la fantasía. Ahora, ya estaba despierto. Llegué a Pergouhnik enteramente consolado y entré sonriendo en casa de Shobief.

XV

Shobief estaba tranquilamente sentado en su sillón. Y Jeny, con los dos brazos apoyados en el respaldo del otro sillón colocado a la izquierda del hogar, parecía contemplarle. Tenía el rostro densamente pálido y estaba mas hermosa que en la noche anterior.

—Tengo que regañar a usted,—me dijo Shobief, levantándose para recibirme.

—¿Por qué?—le pregunté.

—Porque el accidente que habeis sufrido, exigía que no abandonase el lecho tan pronto. ¿Está V. mejor?—añadió mirándome fijamente.

—Creo que sí,—respondí sonriendo.

Tuve bastante fuerza de voluntad para dominarme, y no pregunté a Shobief a qué accidente se refería.

—¿Y Koltki?—dijo a Shobief.

—Duerme,—contestó señalando un rincón oscuro de la cocina.

Miré hacia donde Shobief indicaba, y ví el cuerpo de Koltki tendido sobre una manta.

En fin, accediendo a los ruegos de Shobief y a las súplicas de Jeny, que a un mismo tiempo abrió sus grandes ojos y su boca perfumada para mirarme y hablarme, me retiré al aposento contiguo a la cocina me tendí en el lecho, resuelto a dormir profundamente.

Estaba tranquilo. Dormí cerca de dos horas, y cuando desperté miré a mi alrededor y ví en un ángulo de la cámara una maleta abierta, cuyo contenido estaba revuelto y en desorden.

Los pies de Jeny No podía dudarlo. Era evidentemente el mismo objeto.

Me arrojé precipitadamente sobre la maleta. No encontré mas que algunas ropas blancas, marcadas con esas iniciales: F. L. Examiné entonces la maleta exteriormente, y ví las mismas letras grabadas en una plancha de metal, sobrepuesta en el forro de piel.

La circunstancia de que aquellas iniciales correspondían precisamente a mis nombres,—coincidencia que por otra parte nada tenía de sorprendente,—me produjo, sin en el largo, gran extrañeza y revolvi todo aquel equipaje con agitación febril. Mis manos tropezaron con un papel que desdoblé rápidamente. Era un pasaporte expedido por el gobierno francés a monsieur Federico Lavalette.

Ese apellido me trajo a la memoria el recuerdo de aquel general del primer imperio napoleónico, que fué condenado a muerte por los Consejos extraordinarios establecidos por Carlos X, para exterminar a los servidores de Napoleon Bonaparte. Y no sé por qué motivo, enlacé la historia de aquel grande imperio con la del que justamente en aquellos días, caía envuelto entre los escombros de la gran catástrofe de Sedán.

¿Había seguido la familia de los Lavalette las vicisitudes de la familia Bonaparte y aquel descendiente del general Lavalette; era, a su vez, servidor del que se llamaba Napoleon I?

Existía para mí una certidumbre una certidumbre terrible. Yo no había soñado. Aquella maleta pertenecía a Federico Lavalette, que había sido vil y cobardemente asesinado por Shobief.

Cerré cuidadosamente la maleta, después de haber colocado en ella todos los objetos que contenía, guardé en mi cartera el pasaporte de M. Lavalette, me aseguré del estado de mis armas y salí resueltamente del aposento.

La cocina estaba oscura. Encendí luz. Koltki continuaba tendido sobre la manta. Le toqué y no se movió. Estaba frío y rígido. Tenía el cráneo atravesado por una bala.

—Shobief! ¡Jeny!—grité con una voz terrible.

Nadie respondió.

Amatillé una de mis pistolas y con ella en la mano derecha y la lámpara encendida en la izquierda, empecé a registrar la casa, que estaba profundamente oscura y recorri todos los departamentos sin encontrar a nadie.

Cuando volví a la cocina, Shobief entraba por la puerta de la calle y al verme a la luz de la lámpara en el fondo del zaguan, se detuvo y me preguntó.

—De dónde viene V.?

—Puede V. decirme,—le interrogué a mi vez sin responder a su pregunta,—si ha tenido usted esta noche otro huésped que yo?

—En efecto,—contestó Shobief.

—¿Un francés?

—Creo que sí.

—¿Llamado Federico Lavalette?

—Precisamente.

—¿Y sabe V. que ese hombre ha sido precipitado en la catarata, de la misma manera y por igual procedimiento que mis perros?

Shobief se sonrió con una tranquilidad que me causó asombro y dijo:

—¿Está V. loco? Ese extranjero estará aquí de regreso mañana por la noche.

—¿Y ha dejado a V. su maleta y su pasaporte?—le pregunté con tono de punzante ironía y mirándole con fijeza.

—Su pasaporte, no, pero su maleta, sí.

La recogerá a su regreso.

—¿Adónde ha marchado?

—A Iekaterinoslaf.

—¿Por qué camino?

—Por el mismo que había traído,

—¿Iba montado?
—A pie.
—¿Solo?
—Acompañado por dos guías.
—¿Sin perros?
—Sin perros.
—¿Está V. seguro de lo que responde?
—Segurísimo. Mucho más seguro que V. de lo que pregunta.

La fría serenidad de Shobief me desconcertó; sin embargo, le dije con acento severo:

—Vendrá V. conmigo a Iekaterinoslaf y allí responderá V. a la justicia respecto a la existencia de Mr. Lavalette.

—Ignoro si en su país de V. es cada ciudadano un agente de policía,—respondió Shobief sin que se alterase su calma,—pero aquí no puede V. ejercer semejantes funciones. En cuanto a mí, aseguro a V. que no estoy muy dispuesto a obedecer a quien no tiene autoridad para dictar órdenes.

Estas palabras de Shobief, pronunciadas con desdeñosa frialdad, me hicieron pensar en mi calidad de extranjero y en las dificultades que esta circunstancia oponía a mi deseo de entregar aquel hombre a los tribunales.

—Además,—añadió Shobief,—yo soy la única autoridad en Pergouhnik.

—Perfectamente,—murmuré.—Por hoy hemos terminado. ¿Y mis guías?

—Están en casa de un vecino, amigo suyo.

¿Y dónde vive ese vecino?
—En la casa de enfrente.

Volví al aposento, cruzé la carabina sobre mi espalda, tomé la maleta de Mr. Lavalette y me encaminé a la puerta de la calle.

—¿Qué! ¿Se marcha usted?—preguntó Shobief.

—Ya lo vé usted.

—¿Y se lleva V. esa maleta?

—Sin duda alguna.

—¿Con qué derecho?

—Con este respondí a Shobief, mostrándole una de mis pistolas.

Se sonrió con una sonrisa parecida al bostezo con que Koltki respondió a mi amenaza: no opuso resistencia a mi salida; y al pasar el umbral de la puerta, me dijo gravemente.

—No olvide V. que me ha dirigido una amenaza dentro de mi casa y que ha renunciado por ese acto a los derechos de la hospitalidad.

—Muy bien,—exclamé parándome en medio de la calle y arrojando a los pies de Shobief unos cuantos rublos.

Me volvió la espalda sin recogerlas, y yo llamé en la puerta de la casa de enfrente, en la que en efecto, estaban mis guías bebiendo alcohol de bayas de enebro con un vecino de la aldea.

XVI

Un cuarto de hora después, caminaba detrás de los guías en dirección a Iekaterinoslaf, por la senda de la izquierda que era la misma que había emprendido el desgraciado Mr. Lavalette, y montado en un regular caballo, el mejor de los tres que alquilé en las cabañas, a subido precio y a condición de que uno de los que me acompañaban, devolverían al día siguiente las cabalgaduras a su dueño.

Eran poco mas de las tres de la tarde y comenzaba a oscurecer el pálido día.

—Mala hora de partir,—había dicho uno de los guías.

Les ordené que marcharan delante y que dieran prisa a los caballos.

Al poco tiempo, en un recodo del camino y como apoyada en una roca, descubrí una sombra perfectamente conocida para mí. Era Shobief.

Apenas me vió, levantó su mano derecha, armada de una pistola, con visible propósito de apuntarme.

Yo estaba preparado para aquel encuentro, y antes de que Sholbief elevase su arma á la altura de sus ojos, alargué el brazo, armado como el suyo, disparé, y confieso que sentí feroz alegría al verle caer sobre la piedra, como un tronco derribado por el hacha.

Para dar alcance á mis guías, que se habían adelantado, tenía que pasar por un estrecho callejón formado por las rocas. Habíame desmontado y detenido un instante para contemplar el cadáver de Sholbief, y cuando me disponía á montar para correr al encuentro de los guías, sentí rodeado mi cuello por dos brazos que me parecieron dos argollas de hierro candente.

—¡Jeny!... ¿Qué quieres?—exclamé rechazándola bruscamente.

—¡Tú!... Tú eres el hombre de mis sueños,—murmuró con dulcísima voz, volviendo á rodear mi cuello con uno de sus brazos y dejando caer sobre mi hombro su hermosa cabeza, llena de cabellos despeinados y flotantes.

—¡Déjame, Jeny!

—Que te deje! Es imposible. Iré detrás de tí. Seré tu esclava. Te besaré los pies, si no quieres que te bese el rostro.

—¡Marcha!—grité,—¡Te rechazó!

—¿Quieres que muera?—exclamó arrojándose á mis plantas, llorando y abrazando mis piernas.

—He matado á tu padre.

—¿Quién es mi padre?—preguntó sin levantar la vista y dirigiéndome una suplicante mirada.

—¡Sholbief!—respondí.

—Ah! Sholbief!

—He matado á tu amante,—repliqué con una alegría insultante y brutal.

—¿Quién es mi amante?

—Kolti!—dije, y prorumpí en una carcajada que á mí mismo me pareció un trueno después de concluida.

—¡Friend!—sollozó Jeny.—¡Me insultas! Yo era una esclava. Sholbief me inspiraba miedo y aborrecimiento. Kolti me inspiraba odio y terror. Tu me has libertado.

—¿Cómo! ¿Es verdad lo que dices?

—No miento nunca. Soy tuya desde anoche y no puedo engañarte. No recuerdas que anoche te referí mi historia!

—Que me referista tu historia? Dónde? Cuando? Responde, Jeny.

—¡Ah! ¿Y lo preguntas! ¿Qué especie de hombre eres, que así olvidas cosas que parecen inolvidables y que lo serán para mí?

—Pero Jeny!—exclamé con voz de reo —espérame eso—Yo he debido soñar. No sé si estoy soñando ahora mismo. No sé si estoy loco. ¿Qué sucedió anoche?

—Yo, yo soy quien está loca,—dijo Jeny llorando,—porque he dado mi amor á un hombre como tú. Friend, Friend! Ten piedad de mí.

Te juro, Jeny, que no te comprendo. que algo ha pasado por mí gaudemente extraordinario y misterioso. Ahora soy yo quien te pide, quien te ruega que me reveles la verdad. Habla.

Jeny me miró con aquella mirada profunda que parecía penetrar hasta el fondo del pensamiento y sorprender la idea. y luego exclamó:

—¡Oh! ¡Ya sé lo que te ha pasado! ¡Ya lo sé! Has estado durante algunas horas bajo la acción de algo que te dió Sholbief, y has olvidado... ¡Ay! ¡Has olvidado!

—Refiere tú lo que he olvidado yo.

—Llévame. Yo te ofrezco decírtelo todo, todo... ¿Me llevas contigo?

—Sí.

Jeny me abrazó, me llenó de besos y de lágrimas y cien veces suspiró en mi oído estas palabras dulcísimas:

—¡Te amo!

Yo... Ah! Yo coloqué á Jeny en la montura del caballo, monté á lagrupa, rodeé con mis brazos aquel cuerpo divino y partí corriendo.

Caían en el fondo de las rocas las primeras sombras de la noche.

—¿Adonde vamos!—Me interrogó Jeny

—A Iekaterinoslaf,

—No llegaremos nunca. Es imposible viajar de noche por estos senderos. Vuelve el caballo.

—Y adonde iremos, Jeny.

—A Pergoulsik.

—Sí, Friend. Allí haré que recuerdes todo cuanto has olvidado.

—¡Dios mío! Qué sonrisa la de Jeny.

FEDERICO LEAL

ANUNCIOS

EN LA Sombrereria Garrido.
MERCADO 33.

se acaba de recibir un numeroso y variado surtido en sombreros para caballeros y niños de las mejores y mas acreditadas fabricas del pais y extranjeras.—Tambien reforma toda clase de sombreros de señora, caballeros y niños dejándolos como nuevos, á precios baratísimos.

Se venden gorras á precios sumamente reducidos.

ARENILLA

Hay á la venta
SAN NICOLAS 54

EBANISTERIA



Francisco

Carbonell

San José 29.

En este acreditado taller se confeccionan toda clase de muebles á precios sumamente baratos. Hay en depósito un rico y variado surtido en tela para tapizar

RETRATOS DEL GENERAL BOULANGER

Hay á la venta
SAN NICOLÁS 54.

EL RAMIO

INSTRUCCIONES PARA SU CULTIVO
á DOS PESETAS EJEMPLAR se vende en la Imprenta de R. Vidal S. Nicolás 54.

El mejor reconstituyente

FERRO QUINA BISLERI

Representante en Alcoy

BLAS YILAPLANA



Café de Setina de G. S. RODRIGUEZ COCENTAINA.

El Noticiero

Semanario independiente y de intereses generales.

Se publicará los miércoles de cada semana, y la suscripción costará En Alcoy: UNA peseta trimestre Fuera: 1'25, dirigiéndose á la Administracion, San Nicolás 54.

CAFÉS

MOKA Y CARACOLILLO (superior calidad.)

Tienda del Granadero

IMPRENTA

DE RAFAEL VIDAL S. Nicolás 54.

El material reunido en esta Imprenta permite hacer toda clase de trabajos tipográficos como periódicos, folletos, etc., etc.

Fundicion de bronce

DE FRANCISCO RODES Sta. Rita 9

En esta antigua y acreditada casa que no reconoce competidor en la perfeccion y economía de sus trabajos, se está fundiendo hoy al precio de 2'50 y 4 pesetas kilo, segun clase de piezas sean y material se desee.

Se funden campanas de mayor calibre para torre con mucha perfeccion y economía y con suficientes garantías.

Tambien encontrará quien lo desee las siguientes piezas construidas á precios muy económicos.

PARA

obtener el verdadero espíritu de vino para refuerzo de los mismos hay que dirigirse á la Sra. Viuda é hijos de José Mora Navarro (Bañeras).

¡Precios incompetibles!!

La Tamarada REVISTA SEMANAL DE NIÑOS.

Se suscribe en el Centro de Manuel Moltó Escuela 4.

TRADUCCIONES.

Se hacen con la mayor prontitud y esmero de los idiomas Francés, Inglés é Italiano.

Para mas informes dirigirse á la redaccion de este periódico.

Aguardiente

AL POR MAYOR

Hay de todas clases á precios baratísimos.

Se recomienda por su fabricacion de espíritu de vino.

Informes en esta Administracion.

LA SULTANA

MERCADO 11.

Gran surtido en géneros propios para la presente estacion.

LA SULTANA R. Ferres y Compañía

Hay para vender una gran remesa de vino de Jerez seco en barriles de una y dos arrobas á pesetas 30 cada arroba, embalage gratis.

Administracion,

FABRICACION DE MUEBLES Y SILLERIAS DE TODAS CLASES de José Reig Pasto

En esta acreditada casa se acaba de recibir, procedentes del pais y del extranjero un gran surtido de CAMAS DE HIERRO y SOMNOS que se ofrecen al público á precios fabulosamente baratos.

En esta misma casa encontrará el público inmenso surtido en muebles de Vana y fabricacion propia, asi como tambien se reciben encargos para la confeccion de los mismos á gusto del comprador y á precios económicos.

Gran depósito de toda clase de muebles y Talleres de Ebanistería para elaborar toda clase de maderas finas.

DESPACHO Calle del Mercado núm. 8. TALLERES Calle de San Nicolás núms. 88 y 90.

ALCOY

GRAN Fabrica

DE AGUARDIENTES Y ESPÍRITU DE VINO DE VICENTE IGUAL 2-VALL 2-ALCOY.

CAPSULAS MATHÉY-CAYLÉS
Preparadas por el Doctor CLIN.—PREMIO MONTYON.
Las cápsulas Mathéy-Caylés, con lenne enroscadura de gubien, no fatigan el estómago y están recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de París, para curar rápidamente las Periditas antiguas ó recientes, la Gonorrea, la Bursitis, la Cistitis del Cuello, el Cálculo y las Entremetidas de la Vejiga y de los Ovarios.
HENRI TOMASSEUR DE 9 A 12 CAPSULAS AL DIA.
Acomodarse á cada Precio una fraccion de la cantidad.
Las Verdaderas Capsulas Mathéy-Caylés se reconocen en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y de las que se venden en la Merca de Friburgo de donde parten con el nombre de GAZER Y O. Y la verdadera está precedida de la S. O. M. T. O. M.

ESQUELAS
MORTUORIAS
SE IMPRIMEN
ST. PE. TE. N. C. T. A. O. N. O. W.

NODRIZA

Una de 27 años de edad, leche de un mes desea encontrar criatura.

Informes en esta Administracion.

Imp. Vidal,—s. Nicolás 54